¡SIGUE AL CONEJO BLANCO!

EVA DÍAZ REYES



ILUSTRACIONES DE
ANABELLA ALBANESE

mr.momo
juvenil

¡Sigue al conejo blanco!

Primera edición: 2025

ISBN: 9788410372276
ISBN e-book: 9788410372641

© del texto:
Eva Díaz Reyes

© de las ilustraciones:
Anabella Albanese

© de esta edición:
2025, mr.momo

© maquetación y diseño:
Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)



Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

A mi hija Rosalia, por todos los momentos que no pude disfrutar junto a ella, cuando era niña.
A su retoño, Thiago Alberto, mi nieto, ese pequeño duende que me secuestró el corazón.
A Mirian, por su luz, sus ideas y por el pie después de haberme dado las dos manos.

La autora.

Pequeña introducción

Había una vez…

Una niña muy traviesa, y un tanto aventurera, que despertaba en las mañanas y, como de costumbre, apuraba el desayuno porque los carromatos que transitaban por la línea del Ferrocarril y la acercaban a la escuela no esperaban por nadie. Eran unos pocos; si los perdía, tendría que ir caminando cerca de un kilómetro y medio para disfrutar de lo que más le gustaba entre las cosas que hacía: aprender y regocijarse con interesantes historias en la escuela. Cuando regresaba a casa tampoco tenía mucho en qué entretenerse, excepto cuando recorría la hacienda donde vivía, buscando frutas maduras que abundaban en el lugar.

Por esos lares habitaba un Duendecillo Verde. Tenía una cabellera erizada y portaba unas lentes gruesas para ver mejor. Él solía vigilarla porque a la muy pícara le encantaba trepar a los árboles para recoger frutas y luego perseguía a las libélulas. La veía jugar con esos insectos intrigantes. La niña las llamaba cigarrillos, pero su nombre es «libélula»; conocidas también como caballito

del diablo. Poseen unos colores hipnotizantes y vuelan con una imperturbable suavidad; tal parece que no hacen ningún esfuerzo con sus alas. Éstas se pueden ver en cualquier lugar donde haya agua, desde un río hasta un estanque casero, mientras bailan y se persiguen entre sí, mostrando sus alas iridiscentes.

De algún modo, la niña se las agenciaba y lograba capturarlas, las olía, con mucha delicadeza acariciaba sus alas, las contemplaba a sus anchas. Este insecto alargado es un símbolo del reino emocional, desde la alegría y la felicidad hasta la melancolía, la tristeza, y todas las demás emociones. También se les consideran un símbolo de transformación por el modo en que crecen.

Después de sentirse satisfecha con su presencia, la traviesa criatura las dejaba en libertad, entonces el Duendecillo Verde tenía que hacer labor de médico. Les recetaba un brebaje para los dolores en el cuerpo a aquellos pobres insectos, quienes debían ir a buscarlo a la casa de doña Mina, una grilla conocida en aquella comarca por los menjunjes que inventaba, y también porque tenía en el patio de su casa un gimnasio donde terminaban haciendo ejercicios todo aquel que adquería la receta del Duendecillo Verde.

En fin, a lo que iba: la niña de esta historia, cuando aprendió a leer, se interesó tanto por la lectura que no tuvo tiempo para nada más. Quedó maravillada con la magia de las letras. Uno de los grandes prodigios de la existencia es la imaginación; la lectura es un estímulo que se puede regalar en cualquier etapa de la vida por ser receptiva, tanto para lo bueno como para lo malo. La vida de un niño y un adulto cambia para siempre por una buena historia, así que la niña, luego de convertir a los libros en sus amigos inseparables, dejó de hacer todo tipo de travesuras, hasta de perseguir a las libélulas. Sus padres se inquietaron y la regañaban, pensando que se trastornaría por tanto leer, pero no fue así. Su mente impaciente quedó hechizada

por los relatos, y las ilustraciones que contenían eran el complemento ideal del universo literario en el que se sumergió

Pero un día, como sucede con los sueños, despertó a la distancia de unos cuantos veranos. Una mañana abrió los ojos amodorrada, estaba en su habitación. Una voz masculina la sacó de su estupor al despedirse de ella con cierto apuro, pues temía llegar tarde al trabajo. Era su esposo —¡Síííí! La niña de esta historia había crecido y había construido una familia de la que nació una criatura hermosa, su niño—.

Miró el reloj y reparó en que a ella también se le haría tarde. Se puso a prueba y en una hora estuvo lista, con su pequeño de la mano, para salir rauda a la calle, porque ese no era un día cualquiera. Tenía un compromiso especial con alguien que en toda su infancia la había acompañado de cerca. ¡Por supuesto, el Duendecillo Verde!

Se le había aparecido, insistiendo en que su niño debía conocer una historia perdida entre los anales de una antigua biblioteca donde éste se había instalado desde la gran invasión tecnológica de los tiempos actuales. ¡Estaba muy alarmado! Los niños de hoy no quieren mirar los libros, no sienten pasión por ellos porque están deslumbrados con la nueva tecnología. La competencia contra leer un libro impreso está en las redes sociales, los videojuegos y los videos cortos en línea. Leer les parece demasiado esfuerzo sin ninguna razón, no han experimentado la emoción de imaginar lo que sucede en un relato, o aprender algo nuevo sobre un tema que les interesa porque no les gusta la lectura. Ellos necesitan que los adultos los ayuden a calmarse y dedicar tiempo al placer de leer un buen texto, saborear el gusto de una historia que se hilvana a través de los ojos y las letras. ¡Eso no tiene comparación y lamentablemente se está disipando! Los niños prefieren los juegos cibernéticos.

El Duendecillo Verde, con sus observaciones, logró inquietar a la austera mujer en la que se había convertido la niña que vivió en esta historia, y ella no quiso que su pequeño quedase atrapado por el contagio cibernético. ¡Había que hacer algo y rápido!

¡La leyenda es increíblemente fantástica! Yo estaba allí y pude ver cómo apareció el Duendecillo Verde, más verde que de costumbre —acaso por su indignación— entre los estantes de libros. ¿Cómo es eso de que la lectura no convence a las nuevas generaciones? Él sabe que los niños poseen un nivel de concentración más bajo que los adultos, y que su mente siempre está dispersa pensando en cuál será el próximo juego o qué harán en la tarde con sus amigos. Por eso considera necesario que vean la lectura como algo positivo y entretenido. Comenzó a hablar y expuso algunos consejos para empezar a modificar esta conducta, recalcando que leer no debe ser una obligación, pues esto hará que pierdan interés, pero sí es crucial inculcar que los libros son la puerta de entrada a conocimientos, diversión, fantasía y entretenimiento.

De lo que oí decir al duendecillo verde no he podido desprenderme hasta hoy. Voy a compartirlo con ustedes.

La autora

Un extraño despertar

«Jamás podría renunciar a ser la niña que me habita»

Yo

Érase una vez… una niña llamada Emma que un día se despertó asustada. El sueño la había vencido, aun cuando la impaciencia se le apoderó esperando a su papá. Esa misma noche quería comenzar a leer los nuevos libros que le traería de la feria. Desde que aprendió a leer manifiesta el hecho con orgullo. Su maestra le regaló *Las aventuras de Guille*, o *En busca de la Gaviota negra,* un libro hermoso de la escritora cubana Dora Alonso. Es casi documental, con un valor informativo, didáctico, ecologista y un vigoroso estilo narrativo que le confiere un aire magistral a cada pasaje contado. Todo niño debe leer ese ejemplar.

Emma creyó que en dos días lo iba a terminar, sin embargo, transcurrió un mes antes de que tal cosa ocurriera, le fal-

taba práctica suficiente para hacerlo con rapidez. Ahora su papá traería nuevos libros de los que tanto le había hablado en aquellas horas en que se sentaban juntos, compartiendo historias que le leía y ella escuchaba atentamente, haciendo a veces miles de preguntas.

Esa noche no pudo esperarlo despierta porque le entró modorra y se quedó dormida junto a Nina, su inseparable muñeca con trenzas de hilo y los ojos de vidrio. Se acomodó en su cama abrazando el juguete como si de veras pudiera sentir toda su ternura. Así estuvo por un buen rato hasta que ocurrió lo inexplicable; un ruido la despertó y tuvo miedo de abrir los ojos. Entre dormida y despierta se quedó quieta y a la escucha dentro del breve silencio que adornó el momento.

«¿Habrá llegado mi papá con los libros? ¡Voy a ver!», monologó mentalmente, y llenándose de valor se levantó con Nina entre los brazos, buscando sus sandalias en la oscuridad, pero ¡uh, uh!, otra cosa anda mal, ¡ya tiene puestos las medias y los zapatos!

«¿Cómo es que me he dormido con los zapatos puestos?».

Es incomprensible el hecho. ¡Jamás se acuesta con zapatos! Juraría que se los había quitado antes de meterse a la cama, pues estos ensucian las sábanas y resultan muy incómodos para dormir.

Caminó en la oscuridad orientándose lentamente hacia la puerta de la habitación y fue ahí, en ese mismo instante, que pudo escuchar aquella tosecita…

—¡Guaoooo!

¡Quedó desconcertada! Apretando a Nina intentó retroceder cautelosa, buscando nuevamente el abrigo de su cama,



una tos no existe sola, siempre le pertenece a una persona, y quienquiera que fuese estaba en su habitación. Luego de recuperarse del susto momentáneo, no lo pensó dos veces para empezar a gritar desesperada:

—¡¡Maamii, paapii, vengan pronto!!

Pero retornó el silencio y no consiguió respuesta alguna. Iba a intentar volver a llamar a sus padres cuando fue interpelada por un susurro:

—¡No vuelvas a gritas de ese modo, Emma! —Era un tono de voz peculiar, para nada ofensivo.

—Pero ¿quién está ahí? —susurró también.

—¿No me ves? —dijo la voz.

Emma sintió a sus espaldas un leve chasquido de dedos y al volverse quedó sumamente perpleja.

Frente a ella sonreía un pequeño niño, más o menos de su edad. ¡Era verdaderamente hermoso! Poseía un rostro tierno y los cabellos color del sol, aunque su vestimenta era un tanto peculiar y extraña. En el cinto, ceñido a su pantalón, le colgaba una espada que Emma opinó era de juguete, y encima de los hombros lleva una capa azul. En sus manos sostenía un papel en el que se podía ver claramente dibujado una pequeña caja. Sus ojos estaban llenos de profundidad y significado, y le envolvía una magia que no se podía ver a simple vista; sin embargo, Emma la sentía sin que le produjese temor alguno.